

SUPERVIVENCIA

Celebramos este año la cuarta reaparición de nuestra Revista. Como es costumbre hacerlo en las ceremonias de cumpleaños le deseamos muchos años de existencia al servicio de nuestra Villa. Le deseamos también, y por encima de todo, el reflejar siempre fielmente el rostro de nuestro pueblo, constituyendo así, al fin, una auténtica antología renteriana para uso de las generaciones futuras que quieran saber lo que es y lo que ha sido RENTERIA. Este fue el propósito de don RAMON LAGUNA, Interventor del Ayuntamiento, quien hace cuatro años inició la reanudación de la tradicional «OARSO».

Para dar una idea de su categoría y del vacío que dejó en la organización de la Revista, así como del pánico que se apoderó de los organizadores de «OARSO 1960» al verse solos ante una iniciativa tan noble, nos basta comprobar que se llegaron a olvidar de mencionar siquiera su marcha a La Guinea y de rendirle el homenaje que se merecía.

Este año, más sosegados, le damos las gracias y le podemos asegurar que su obra seguirá tal como la concebimos desde el principio, es decir: «Una revista que sea para el renteriano de hoy y de mañana la historia de su pueblo, de su calle, de su casa, suponiendo para el lector la emocionada sorpresa de encontrar en un cajón, olvidada, una fotografía de su madre en sus tiempos de jovencita.»



Siendo yo forastero y sin presunciones de historiador, pues este privilegio pertenece por derecho a los nativos de Rentería, limito mis pretensiones a componer la música de fondo.

Intentaré, pues, poner en mi composición toda la emoción que se apodera de mí, viniendo de París, al pasar la frontera o mejor dicho, cuando habiendo dejado la última casa bearnesa con techo de pizarra, mi mirada se encuentra de repente con el primer caserío vasco, todo blanco bajo sus tejas y con ventanas rojas.

Muchas veces tuve la sospecha de que mi afición para el País Vasco tenía su origen en una ascendencia lejana e ignorada, pero aun si así fuera, respiraría más naturalmente (al igual que los nativos) ante el espectáculo de los montes cantábricos y no experimentaría este sortilegio que me tiene cogido desde el día en que vi la luz de RENTERIA.

Me identifiqué tanto con los renterianos que ahora experimento la misma angustia que ellos al ver a la tradición vasca tomar un camino distinto a la línea que trazaron los antepasados. Por contra, cuando veo a dos comerciantes de la calle Viteri (una sastrería y una farmacia) tirar abajo las instalaciones heteróclitas de antes para restituir a las casas sus fachadas originales —con piedras del país— no puedo contener mi alegría. (No olvidéis que Fuenterrabía debe en gran parte su éxito a haber seguido este procedimiento). Por desgracia, la mayoría de los constructores sueñan con dar a nuestro pueblo un aspecto de capital. Si siguen así, nuestro Rentería, dentro de unos años, será una parodia de Nueva York, emulando así a esas señoras de edad vestidas de chavalitas.

No es además la estética la única en sufrir las alteraciones actuales. Esta no constituye más que un síntoma exterior. En casi todos los dominios nos preocupamos más de imitar a los demás que de servir en nuestra misión de «modelo».

El pueblo vasco es, por principio mismo, hijo primogénito de la tierra, es decir, que debe ser el ejemplo para el resto de la familia. Esto es algo que debemos tener siempre presente en nuestro espíritu y recordarlo en cada circunstancia de nuestra vida (y no solamente en los momentos de embriaguez artificial).

A los ojos humanos todo sigue intacto. La palabra «vasco» sigue manteniendo el mismo prestigio de siempre y basta pronunciarla para emocionar a muchos. La verdad es que nos emborrachamos literalmente con ella. Cuidado, no vayamos a abusar hasta vaciarla de todo su significado. Pensar, cuando la empleamos, que son miles de generaciones las que han sufrido y luchado para procurarnos el escalofrío de orgullo que nos produce su sonido. Desconfiemos sobre todo de los que hacen de ella una explotación vergonzosa, de los que consumen una herencia adquirida por los demás, de los que dilapidan el bien ancestral sin aportarle nada en cambio. Desconfiemos también de los extranjeros que se valen de ella, que aplauden con el mismo entusiasmo a vuestras cualidades como a vuestros vicios, para conseguir luego vuestros favores o vuestros sufragios. No os olvidéis que los halagos de los cortesanos pueden pervertir a los mejores soberanos.

Defendedos de los que quieren hacer de la solidaridad que os une una «masonería» o que quieren utilizarla como una tapadera a sus indecencias.

Defendedos de todos los parásitos que se conforman con gozar ruidosamente de la fama de honradez adquirida por los demás, dilapidándola. Muy fabulosa tuvo que ser aquella herencia para haber resistido tanto tiempo a sus maniobras. Los que la constituyeron trabajaron de la verdadera manera, es decir, que estuvieron acumulando poco a poco y sin desanimarse nunca el esfuerzo de los padres e hijos hasta formar estas familias cuyos apellidos tienen ahora resonancias de honradez... y el conjunto de estas familias constituyó por fin una raza.

Ser digno descendiente de aquellas familias es mostrarse conservador de ese tesoro ancestral. ¿Quién sabe si algún día no os lo vendrán a pedir a doble precio de su valor actual? Los inventos y progresos de las ciencias humanas han sido tan extraordinarios desde la guerra, que la humanidad está alcanzando una potencia tal que pronto se la podrá comparar con la de la Naturaleza. Y sin embargo, esta potencia extraordinaria no ha conseguido aún hacer reinar la felicidad sobre la tierra. La razón está en que estas ciencias humanas han hecho de los individuos unos «dioses» sin haber esperado siquiera a que llegaran a ser «hombres».

Quizá no esté lejano el día en que habiendo olvidado las características del hombre se busque por todas partes una muestra auténtica. Bueno y beneficioso para la humanidad sería entonces que existiese en una parte del mundo un rinconcito privilegiado donde se hubiera conservado intacto el tipo de hombre que Dios, un día, hizo a su imagen y semejanza.

Ya veréis cómo al fin la humanidad tendrá que llegar a esto.

Decidme ahora. ¿No os parecería hermoso que este rinconcito fuera vuestro «txoko»? Pues no es imposible que así fuera..., el camino está trazado. ¿Los medios de alcanzarlo? Cada uno los encontrará fácilmente interrogando a su conciencia. (En cualquier caso, no permitáis que esta contestación os venga de uno que está escribiendo desde su despacho de París).

No os preocupéis, pues, en saber si los inventos del modernismo no os llegan más que de «segunda mano». Dejad humildemente que los experimenten los demás, las experiencias son a veces peligrosas —especialmente las de orden espiritual— y vosotros no podéis correr el riesgo de destruirlos. Si se destruyen los demás o sencillamente se pervierten, vosotros bien escondidos y preservados en los valles del país vasco les estaréis preparando el bálsamo que les curará de todo. Estaréis conservando lo que ha sido la verdadera riqueza de la humanidad, hasta ahora. Debéis comprender que en el actual desorden del mundo tanto mérito tiene conservar lo que de elevado se posee, como crearlo.

No os dejéis influenciar tampoco por los que (preferentemente después de las doce de la noche) cacarean: «Somos la raza más antigua del mundo... somos...» No fueron ellos quienes crearon el país vasco..., lo encontraron hecho y sin embargo son ellos los que se apoderan de las faenas de los antiguos pescadores de ballenas con el propósito de contarlas con voz quejumbrosa y de terminar sus relatos con frases de reproche y de desdén para la juventud. Hoy en día ya no hay hombres así... Sólo omiten un detalle de bastante importancia..., tampoco hoy hay ya ballenas.

Pero si la de Orio fue la última en arponerse en el Cantábrico, los hombres no por eso se quedaron inactivos.

Como pescadores de bacalao reemprendieron el camino de sus antepasados que jalonaron de nombres vascos las costas (y los cementerios) de Terranova. Las mismas regatas de traineras perpetúan el esfuerzo de los hombres del mar y sé de muchos chicos renterianos que exhiben en Puntas de San Juan una musculatura digna de los remeros antiguos. Verdaderamente no es culpa de ellos si estos riesgos que resucitan a la tradición (traineras, aizkolaris, barrenadores, etcétera) se desarrollan en un ambiente de hipódromo. Aquellos no son más que los hijos respetuosos de estas familias, amigos o vecinas de generación en generación y que durante los atardeceres de verano, de un lado a otro de las calles de Santa María o de Sancho-Enea se interpelean por las ventanas para charlar o bromear un rato. Ahí es donde encontraréis la tradición, no esperéis encontrarla sentada en un trono, sino estrechamente mezclada a una realidad cotidiana y activa.

Confío en que los hijos de aquellas familias sabrán perdonar la osadía de mi artículo. Si por desgracia me equivoco, les ruego consideren que yo soy «un amigo» y no «un cortesano».

Si por contra me dieran la razón extrañándose además de mi aparente perspicacia, tengan en cuenta que la conseguí, desde luego, después de un largo trato con ellos, pero, sobre todo, a costa de mucho amor.

En París, a 14 de mayo de 1961.

CLAUDE BREGHEON

Cosas de Paco

Sólo Dios sabrá los destrozos que en los idiomas de Cervantes y de Aitor lleva causados nuestro amigo Paco, porque de tanto mezclarlos en su nervioso e incansable hablar la verdad es que «anda a tortas» con los dos. El, que al referirse lo mismo a la cuestión social, las sidrerías, las «Magdalenas», la religión o cualquier otra cuestión, propugnaba por la *revolución genuina*, hablando en euskera le llama bota al *zato* y K. O. al *muturreko*, (presumió de entrenar al campeón de España de todos los pesos), y en castellano aplica *itzuli* por escapar y *landares* por plantas.

Sucedió en una excursión del Urdaburu. Fuimos de víspera a prepararlo todo, a pesar de que nuestros amigos navarros prometieron hacerlo ellos. Como siempre, trabajaban unos pocos, mientras «unos muchos» se dedicaban a conocer el pueblo a través de las vistas que proporcionan los mostradores. En una cuadra, prestada con enorme voluntad por su dueño, alguien suda serrando las tablas que han de servir para altar en la misa de mañana, allá arriba, en el monte.

Aparece Paco, —brillo de victoria en la mirada y cabellera encrespada—, observa el trabajo y asegura que el suyo no ha sido manco tratando de ablandar el filete que le dieron en la fonda San Miguel: —«Se me han nekau las mandíbulas.» Sobre esto del trabajo se le ocurren atinadísimas reflexiones de lo mal repartida que Dios dejó las tareas al hombre en este mundo: «Unos beti lanian, y otros beti de juerga,» y para terminar, resumiendo su disertación —esta vez en el más puro castellano— pontificó así:

—«Yo siempre lo he dicho: aquí no hay más agrimensura que la epopeya heterogénea.»

Y salió, rauda, en busca de su cuadrilla.